

# PONENCIAS CENTRALES

## **CONTRIBUIR A LA CREACIÓN DE LA SOLIDARIDAD SOCIAL EXPRESADA EN EL FORTALECIMIENTO DE LO PÚBLICO COMO LO PUESTO EN COMÚN ORGANIZADAMENTE POR UNA CIUDADANÍA ACTIVA Y RESPONSABLE**

*P. Pedro Trigo, S.J.*

### *Introducción*

Al ser la primera ponencia de esta semana, dedicada a lo público y lo privado en Venezuela hoy, comenzaré con un acercamiento preliminar e impresionístico a estos términos. Entiendo por público al ámbito de lo puesto en común a través de relaciones societales, es decir en las que quienes las contraen inhiben su suidad (su rostro y nombre propio, su idiosincrasia, sus filias y fobias) para dar lugar a los otros como distintos que ellos, aunque personas como ellos. Por ejemplo, las relaciones entre choferes o transeúntes o las relaciones burocráticas. Este ámbito es un ámbito físico: las calles y plazas de las ciudades, los edificios públicos, las carreteras, playas y montes. Son también bienes y servicios que se generan de este modo abierto, impersonal, al que nos hemos referido.

Lo público tiene grado diverso de publicidad. Lo más público son los deberes y derechos humanos y el planeta tierra, que están poseídos en común

y entregados a la responsabilidad de cada uno como mero ser humano y a la humanidad como conjunto. Luego están los derechos del ciudadano, que se restringen a cada comunidad política. Aunque vamos a pasos acelerados a derechos de la comunidad internacional, en trance de constituirse como verdadera comunidad política. A continuación viene lo poseído en común por los que pertenecen a una región, que puede llegar a constituir una etnia y una nación. Después estaría lo que ponen y disfrutan en común los habitantes de una ciudad. Luego, las distintas asociaciones abiertas y libres, desde los partidos políticos a los que asisten a espectáculos hasta los establecimientos comerciales, que, aunque son privados, están abiertos al público en horarios convenidos por los representantes de la comunidad ciudadana.

Frente a lo público está lo que por su naturaleza no es abierto y tiene por sujeto al individuo o a relaciones que ellos entablan y conjuntos que constituyen desde la suidad de cada uno. Así lo privado es ante todo un nivel de realidad de cada persona, lo que llamamos su intimidad. Privadas son la alcoba, la mesa familiar, la casa en la que se habita, así como multitud de encuentros, reuniones, asociaciones o transacciones.

Estos dos niveles de la realidad histórica son idealmente complementarios, aunque también dan lugar a conflictos. Por de pronto es evidente que la esfera de lo privado necesita que la esfera pública la reconozca y salvaguarde. Así uno de los capítulos de las ordenanzas públicas y de la gestión de quienes las representan es el preservar el ámbito privado de la intromisión tanto de individuos o grupos privados como de entes públicos.

Por una parte resulta obvio que el darwinismo social, que reduce lo público al papel de árbitro imparcial en la lucha de todos contra todos para que prevalezcan los mejor dotados y posicionados, consagra el horizonte de la guerra permanente que deshumaniza, causa la infelicidad generalizada y hace inviable la vida por la espiral de violencia que provoca. Esto significa que, si no se hace justicia a la dimensión pública, no es posible la vida humana. Pero por otra, también es evidente que cuando todo es público se despersonalizan las personas. Sin interioridad, sin distancia, muere tanto la libertad como el intercambio cualitativo. La sociedad se vuelve tautológica y totalitaria, y las personas son sistemáticamente violentadas, violadas.

No se trata de encontrar un término medio aleatorio sino de hacer justicia a la realidad humana que por un lado está estructuralmente vertida a todos los seres humanos y que posee por otro una interioridad inviolable.

Hay que decir que la evolución histórica va en la línea de que los individuos posean cada vez más densidad, más capacidad de disponer de sí y mayor responsabilidad respecto del uso constructivo de su libertad, y simultáneamente que las redes en que se ven envueltos y las que entablan contengan más peso y espesor. Hay aquí entrañada una tensión que sólo se resuelve satisfactoriamente cuando los individuos ponen en común sus haberes responsabilizándose de lo público. Sólo entonces este ámbito no se autonomiza y no aparece por tanto como contrapuesto a ellos.

En el ambiente venezolano actual se da simultáneamente la queja generalizada y constante porque lo público no funciona con el resultado de que nadie se anima a emprender acciones a largo plazo ya que nada es confiable y todos estamos a merced de los elementos que buscan su provecho por cualquier medio, incluso la agresión, saltándose todas las reglas de juego. Además que de que en el ambiente anómico en el que nos movemos resulta muy difícil mantener la coherencia personal. Y si embargo, en el momento en que todos clamamos porque funcione lo público, no se está dispuesto a dar de sí para recuperar este ambiente. Más aún, hay una tendencia muy fuerte a identificarse con la dimensión privada del yo y ver a lo público como lo que se contrapone a uno desde fuera, como lo que le coarta. Uno no se ve en lo público porque no lo percibe como el resultado de poner en común nuestros haberes. Y así esta desafección lleva a que se perpetúe el problema.

Vamos a tratar de ver cómo hemos llegado hasta esta situación y qué nos demanda para tomarla entre manos satisfactoriamente.

## ANÁLISIS GENÉTICO-ESTRUCTURAL

Hay que partir de la base de que no existe entre nosotros un horizonte antropológico, una matriz cultural, que propicie la participación. A diferencia de las colectividades populares de las altiplanicies latinoamericanas desde México a Bolivia cuyo sustrato es la comunidad indígena, en nuestro país la figura que se fue fraguando en la república es el peón de hacienda, que mantiene relaciones absolutamente asimétricas con su patrón, o el conuquero, que, huyendo de esa sumisión servil, busca resolverse por su cuenta. Ninguno de ellos es sujeto de comunidades estables organizadas. Tampoco los cabildos fueron entre nosotros foros de participación popular ya que en ellos sólo pudieron expresarse los criollos y aun éstos de una manera elitista, mediante

negociaciones entre las familias más importantes más que a través de una discusión abierta. Por eso en los pueblos tradicionales y en los barrios de nuestras ciudades abunda la convivialidad, pero no la participación ciudadana. Este sustrato hace ver la necesidad de propiciarla; pero también se ve lo imprescindible que es entablar para lograrlo procesos de largo plazo y sostenidos. De ahí la negatividad de los operativos que despiertan esperanzas y las abortan o de los procesos ideologizados que se presentan como participativos, pero que en realidad se basan en relaciones clientelares.

En el subconsciente del país existe la idea atávica de lo común en el sentido de lo realengo, de lo que todavía no tiene dueño porque nadie se lo ha apropiado. “Lo que hay en Venezuela es de los venezolanos”. Como si el país fuera en buena medida tierra de nadie y a merced por tanto del que quiera apropiársela. En la colonia ésta fue sin duda la actitud de los criollos que desconocieron sistemáticamente el derecho de los indígenas y desde las ciudades que fundaron en el siglo XVI fueron extendiéndose sistemáticamente hacia el sur y hacia las sierras, arrinconando a los indígenas en lo más inhóspito u obligándolos al éxodo hacia los confines. Sin embargo a medida que avanzaba el siglo XVIII el país se fue consolidando como un territorio ocupado y sujeto a derecho, cada vez más poblado y productivo. La guerra de la emancipación, a pesar de ser tan larga y cruenta, no interrumpió este orden ya que el poder compartido entre españoles peninsulares y americanos, pasó íntegramente a estos últimos que constituían respecto de los primeros una diferencia interna. Así lo expresó Bolívar en la Carta de Jamaica donde asienta que la guerra se basó en el derecho español, porque si se hubiera basado en el indígena ellos tampoco tendrían derecho. Ésta fue la limitación con la que se abre nuestra vida republicana: el derecho de ciudadanía estaba reservado a los españoles americanos (criollos) y a algunos acriollados, es decir a los dueños del país que eran los propietarios o los que recibían una renta o sueldo cuantioso. Lo público no era, pues, lo de todos sino lo de los de arriba. Éste es el caldo de cultivo de las guerras del XIX.

Pero la práctica de los así llamados revolucionarios fue más funesta que el estado de cosas que quería reemplazar ya que se basó simplemente en la rapiña sistemática, en la apropiación por parte de ellos, que eran una facción, es decir grupos particulares, de la riqueza creada privadamente. Al no ser ellos capaces de crear nada sino sólo de apropiarse de lo que otros habían producido, con el tiempo nadie estuvo interesado en producir excedentes porque temían fundadamente que se los iban a arrebatar. Ahora bien, tan

grave como este sistema de robo sistemático fue su encubrimiento ideológico con nombres pomposos como revolución y pueblo. Ahí está la raíz de la consideración de lo común como lo de todos y de nadie, como lo que está a disposición del que lo arrebate por la fuerza.

La presa más codiciada para arrebatarse era el Estado. Éste percibía unas rentas que, aunque eran muy escasas, eran más o menos constantes. Por eso las revoluciones trataban de hacerse con el poder para usufructuarlo privadamente.

Con la llegada de los andinos al poder, al quedar ellos como los únicos caudillos tras la derrota de los demás, se vuelve a instaurar el orden y la propiedad. Ya nada es realengo. Pero no existe lo común porque el Estado es privado, del cacique y los suyos. Sin embargo, al prolongarse este dominio, en parte para asegurarlo y en parte por lógica institucional, fue naciendo el Estado, es decir las instituciones de servicio público. El proceso se fue dando a medida que avanzaban los años veinte. A la muerte de Gómez el proceso había avanzado tanto que fue capaz de poner a los gobernantes a su servicio en vez de servir a sus intereses privados. Ése fue el caso de López Contreras y de Medina Angarita. A media que avanzaba el siglo cada vez fue más claro que el Estado representaba lo común para servicio de todos.

Este proceso fue en gran parte potenciado por el recurso petrolero: el Estado percibía una renta que, como era pública, servía a las necesidades públicas. Sin embargo la renta petrolera permitió que lo común no proviniera de lo puesto en común por los ciudadanos (fundamentalmente mediante los impuestos) sino que nacía de la renta que da el subsuelo. Ésta es la terrible limitación de la modernización petrolera: al no ser lo común lo puesto en común, al no costarle nada a nadie, no se fortaleció el sentido de la pertenencia ni de la responsabilidad. Si los ciudadanos ponen en común parte de sus haberes, tienen la conciencia vívida del sacrificio que han hecho de lo suyo para el bien común. Ese sacrificio los constituye ciudadanos y es la fuente de que velen vigilantemente para que se empleen bien. Pero si lo común no viene de lo de cada uno ¿cómo hacer para que cada uno se responsabilice de ello? Además la percepción de que lo común era lo regalado por la naturaleza para nuestro usufructo hizo que los venezolanos fuéramos proclives a una actitud mágica: somos un país rico; lo único que hace falta es que lo administremos bien. Ese mito de una Venezuela como El Dorado todavía está en el inconsciente colectivo y es un grave obstáculo para el estableci-

miento de la ciudadanía. ¿Para qué molestarse si el dinero nos sale de la tierra? ¿Para qué poner en común lo propio, para qué velar por lo público? Basta un administrador honrado. Este mito no resiste el análisis: así como hasta hace un cuarto de siglo la renta petrolera llegaba a casi una cuarta parte del Producto Interno Bruto, ahora no supera el 6%. Sin embargo la resistencia ambiental a desmontar ese mito revela la resistencia inconsciente a cargar con la responsabilidad de tener que producir nosotros la riqueza nacional.

En nuestro país la responsabilidad no vino por la economía (la contribución particular al fisco) sino por la política. Pérez Giménez ya tenía la idea del Estado distributor de la renta petrolera a través de las obras de infraestructura, de las industrias básicas y de los servicios de salud y educación. Pero el Estado en su decenio seguía siendo, como en tiempos de Gómez, lo que no era del común sino del que mandaba, aunque lo hiciera para provecho del conjunto. La legitimación del Estado está en los servicios que presta, pero no en que es expresión de los venezolanos. La herencia gravísima de Gómez y Pérez Giménez en el subconsciente colectivo es un Estado contrapuesto a la ciudadanía, que no le da participación y le quita responsabilidades, pero que la favorece. Ésta es una causa bien honda de que muchos no se consideren ciudadanos sino espectadores que aplauden y agradecen o vituperan y protestan, que a lo más se unen a alguien para que saque del poder a quien ya no les sirve, pero que no sienten que lo público les concierne como una dimensión suya constitutiva.

Fue sobre todo Betancourt el que logró meter la idea de que lo que era de todos tenía que ser llevado por todos: ése es el sentido de la participación de las masas en la política. Esta intervención de todos en la política, esta politización de la sociedad lograría por un lado que los recursos públicos se invirtieran más eficientemente y además lograría sobre todo que los venezolanos se hicieran mayores de edad al hacerse cargo mancomunadamente del país. Ahí vendría la ciudadanía. Ése es el gran aporte al país de los líderes fundacionales de nuestra democracia y de las organizaciones que crearon.

Y en efecto, muchos venezolanos llegaron a ser ciudadanos, tanto al desempeñar cargos públicos con este espíritu de ser administradores de lo común, servidores públicos, como al usufructuar esos servicios con conciencia de que son suyos y de los demás y que por eso había que aprovecharlos responsablemente sin malbaratarlos ni apropiárselos indebidamente. De ahí

también, el reclamo ante el incumplimiento de lo pautado tanto por parte de los usuarios como de los que ofrecían el servicio.

Sin embargo esta ciudadanía tuvo dos limitaciones: La primera es su carácter rentista. El que casi no hubiera impuestos y el que en ese sentido los servicios públicos no costaran a los bolsillos particulares, a la larga llevó a la irresponsabilidad de todos: tanto de los administradores como de los usuarios. Al principio no se vio así porque la mayor parte de los usuarios eran pobres y las fuerzas productivas estaban muy poco desarrolladas. Como el Estado tenía recursos y los particulares y las empresas tenían que comenzar a crecer y consolidarse, no parecía conveniente gravarles con impuestos. Pero este razonamiento, que era explicable en la fase inicial, se convirtió en una costumbre y un derecho. A la larga el que el presupuesto del Estado se basara en la renta petrolera nos hizo concebir al Estado como el ente que distribuye lo que es de todos. Y así ha sido: el Estado favoreció en gran medida a los empresarios, pero también alargó la mano a los sectores populares. El propiciar el desarrollo tanto del pueblo como de los empresarios, subvencionando su despegue, es el contenido del populismo, en su aspecto positivo. El que los recursos no provinieran de cada uno según sus posibilidades es su cara negativa ya que propicia una sociedad en la que los ciudadanos se sienten sujetos de derechos pero no de deberes.

Pero el dinero sólo no explica la modernización del país. Ella fue obra de hombres de Estado que concibieron proyectos y los gerenciaron con éxito, y de multitud de venezolanos que aceptaron la propuesta y pusieron a contribución sus dotes profesionales y su apoyo sostenido. Por eso hasta la década de los 70 la participación en la vida pública tuvo gran importancia, tanto para la realización de las personas como para el desarrollo de la vida del país. Hay que insistir en que, aun con rentismo, hubo desarrollo (económico y sobre todo humano) desde los años veinte hasta mediados de los setenta porque muchos de los mejores venezolanos se dedicaron a lo público: médicos, ingenieros, arquitectos, educadores, políticos... consideraron que sacrificarse por levantar el país era una empresa honrosa y fecunda que merecía la pena, que colmaba existencialmente. Esta manera de ejercer la ciudadanía, el ejercicio profesional público como un servicio esforzado y creativo, se dio en el país de un modo tan marcado que logró su modernización, la puesta al día con lo mejor del mundo desde la tendencia a la justicia y desde la cultura nacional.

La segunda limitación del modo de ejercer la ciudadanía en nuestra democracia fue el predominio de los partidos sobre el Estado y la sociedad. Al principio la hegemonía de los partidos era inevitable ya que ellos eran los que liderizaban no sólo el gobierno sino el Estado y el desarrollo nacional. Sin embargo en esos primeros tiempos a pesar de su hegemonía, sí dieron lugar a muchos otros venezolanos que no tuvieron que pasar por el aro del partido para ejercer sus funciones o para obtener beneficios. Pero después del gobierno de Carlos Andrés la partidización empezó a significar la privatización de lo público. Más aún, como desde el Viernes Negro (18/2/1983) se patentizó que la renta petrolera era ya absolutamente insuficiente para motorizar al Estado y al país, en vez de reformar el Estado y emprender una reforma tributaria integral, se avanzó en la dirección de la privatización del Estado cada vez más debilitado, de manera que la partidización dio paso a la cogollización. Porque los recursos no alcanzaban ni siquiera para el partido.

Quiero insistir en que a pesar de evidentes limitaciones, los primeros quince años de la democracia son los mejores de la historia del país. Son la coronación de un proceso que se inicia en los años 30, cobra forma en los 40, madura en los 50 y se proyecta y da de sí en los 60 hasta mediados de los 70. Un proceso sin embargo que había sido preparado por conquistas anteriores: Venezuela gana la paz en 1903; empieza a revertir el problema endémico de la falta de salubridad ambiental y atención médica a partir de los años 20; comienza a integrarse físicamente a partir de los años 20 y alcanza su vertebración en una red de carreteras y autopistas en los años 70; se institucionaliza desde los años 20 hasta los 40; conoce la democracia gradualmente a partir del año 36 hasta el 47 y posteriormente el 58; desde los 40 emprende un proceso acelerado de modernización; desde los 60 aprende a negociar, a componer diferencias, a admitir el pluralismo interno.

El resultado de este proceso es la constitución de un cuerpo social articulado y dinámico, y el que todos los sectores del país caminaran en la misma dirección ascendente. Era un horizonte abierto y se avanzaba hacia la complejificación, tanto personal como institucional como regional. La nacionalización petrolera de 1975 puede simbolizar el éxito de este proceso ya que el país estaba tan equipado de recursos humanos cualificados y tenía tal experiencia en el manejo eficiente de instituciones que pudo hacerse cargo de una industria que todavía hoy es la de mayor envergadura en un país en vías de desarrollo.

El resultado de este proceso en la antropología social del país es un mundo de vida abierto y en expansión, un ambiente poseído por una confianza básica en sí mismo, en sus capacidades para aprender en todos los campos, para desarrollarse humana y económicamente. Esta confianza del venezolano en sí mismo estaba basada en esos cincuenta años de historia, fundamentalmente afirmativos y constructivos, que habían sepultado de la conciencia colectiva la idea, incubada a través del siglo XIX y los primeros lustros del XX, de que no merecía la pena emprender nada porque todo se lo tragaba la naturaleza indómita y sus hombres igualmente bárbaros. Ese medio siglo de racionalización de la naturaleza y de vida cívica y dinámica había llevado casi al extremo opuesto: teníamos muchos problemas sin resolver y aún faltaba mucho para desarrollarnos; pero, tal como íbamos, todo era cuestión de tiempo. Había razón para esperar que el futuro sería mejor que el presente, como éste era mejor que el pasado. Venezuela tenía ingentes recursos naturales, pero más valiosos eran aún sus recursos humanos. La mayor parte de las cosas estaban por hacerse; pero existía horizonte, cauces, propuestas, recursos. Se exigía un inmenso esfuerzo sostenido. Pero no era a fondo perdido, no se percibía que se estaba arando en el mar. El esfuerzo perseverante obtenía su recompensa. Se puede decir que eran más los puestos a ocupar que los venezolanos adultos y los jóvenes que salían al mercado de trabajo. El que se capacitaba y quería trabajar acababa obteniendo un empleo satisfactorio. Se sentía que el camino estaba expedito y que de un modo u otro la sociedad le acuerpaba a uno en ese esfuerzo. En él se daba obviamente la competencia, pero también la camaradería, el ánimo mutuo y el trabajo compartido.

Hay que hacer notar que este dinamismo nacional tenía dos elementos complementarios que lo hacían bastante atractivo: estaba muy abierto a la contemporaneidad, se tuteaba con el mundo sin complejos, desde una enorme simpatía; y buscaba no sólo revestirse de la modernidad comprada sino entender lo que se iba produciendo y asimilarlo. Esa asimilación estaba posibilitada y querida por la enorme conciencia de sí que había en el país. Había un sano orgullo nacional, en parte, es cierto, por el enorme poder adquisitivo que brindaba el petróleo, pero más a fondo por la satisfacción que causaba el acierto del país en equiparse a nivel institucional, económico y humano. En este horizonte es explicable que lo público estuviera revestido de prestigio y dignidad.

Sin embargo en el proceso había algunas debilidades estructurales que, al no corregirse por el camino sino agravarse, provocaron al final el colapso. En primer lugar hay que reconocer que Betancourt, si bien es verdad que fue el gran artífice de la entrada de las masas en el ámbito de lo público como actor verdadero, y ése es un mérito indiscutible e invaluable, también lo es que él contribuyó más que nadie (junto con Luis Beltrán Prieto en el magisterio) a la politización partidista de las instituciones, tanto las del Estado (la administración, la burocracia, y las Fuerzas Armadas) como los sindicatos y los gremios profesionales. El infiltrarlos y convertirlos en brazos del partido en el poder, si al principio aligeró los procesos, al cabo los desvirtuó, ya que a la postre ello supuso su privatización, sentida como sectarismo. Todavía en los primeros tiempos pudo más el empuje constructivo y aún se conservaba la fluidez; pero a la larga la partidización conspiraba contra la densidad de las instituciones.

El gobierno de Caldera se inició bajo el slogan del cambio: el cambio de partido entrañaba también programáticamente un paso en la profundización de la democracia. La consigna de la participación popular proponía que el pueblo participara progresivamente no sólo de los beneficios del desarrollo sino que, asumiéndolo en sus propias manos en corresponsabilidad con el Estado, se desarrollara también humanamente. Es claro el avance significativo de lo público que representaba esta propuesta. Un avance tan grande que no fue bien visto por esa concertación de élites que constituía la democracia, y el gobierno se echó para atrás frustrando no sólo esperanzas populares sino más aún las de no pocos profesionales y políticos que habían apostado por ese camino. Pero, como siguió el dinamismo anterior, aun sin profundizarlo, todavía el proceso parecía marchar hacia adelante. Así pues, el proceso venía lastrado desde antes, aunque el cambio de ambiente se fue dando entre la segunda mitad de los años 70 y los 80. Recorramos los hitos:

El sueño de la Gran Venezuela fue un salto al vacío. La sobredimensionalización que propuso Carlos Andrés Pérez fue tan brusca que el país dejó de ser el sujeto histórico. Ni las personas ni las instituciones podían asumir ni gerenciar un salto tan brusco. Además, para agravarlo, el presidente no se apoyó ni en su partido ni en el empresariado establecido y menos aún convocó al país a una consulta operativa para canalizar los recursos petroleros sino que se rodeó de un grupo de audaces, pretendió hacer su propio grupo tanto económico como político y trajo de fuera a los equipos y a los técnicos. Como se ve, si el sujeto no es ya el país, lo público cede terreno. Además la

gente se vio desbordada, se salió de madre por la impresión simultánea de abundancia de recursos y de ausencia de paradigmas, tanto en el qué hacer con el país como en el cómo hacerlo. En esta desorientación empezó la entrega al logro y con ella la corrupción.

En tiempos de Luis Herrera se dio la última bonanza petrolera por la guerra de Irán-Iraq y con ella el endeudamiento alegre, inescrupuloso e incluso ilegal. El mandatario fue un excelente presidente en el sentido de representante ejemplar de los ciudadanos; pero como jefe de Estado fue funesto porque no ejerció su cargo en un momento delicado en que la nación requería tomar decisiones lúcidas y a largo plazo y gerenciarlas con mano firme. En 1979 comenzó a bajar por vez primera el poder adquisitivo del salario popular. En 1983 empezó a fluctuar y en definitiva a derrumbarse la proverbial fortaleza del bolívar. Durante el gobierno de Luis Herrera se dio el espectáculo bochornoso del megarrobo absolutamente impune de Recadi con los dólares preferenciales y el endeudamiento del país en condiciones leoninas que aún cargamos a costas. Hubiera sido el momento para una reforma fiscal integral, al evidenciarse que el petróleo no daba de sí como motor de la economía y como costeador del Estado, pero faltó liderazgo que abriera los ojos al país; y hay que reconocer que había una fuerte resistencia ambiental y empresarial a aceptar el principio de realidad y a cargar con ella.

Lusinchi tiene la grave responsabilidad de hacer creer al país que no había que hacer sacrificios radicales, que era posible vivir irresponsablemente, es decir más allá de su productividad real. Fue el patrocinador de la cultura rentista en un momento en que el petróleo no podía ser ya de ningún modo el financista del Estado y el motor de la economía. Por si fuera poco completó esta conducción desorientadora y alcahueta con una conducta poco ejemplar como primer ciudadano. En los hechos el slogan "Jaime es como tú" fue una invitación cínica a elegirnos como país como adolescentes irresponsables entregándonos a disfrutar el presente, para que cargue con las consecuencias el que venga después.

El ajuste de Carlos Andrés era necesario. Pero el modo arrogante y fríamente tecnocrático como se hizo, sin preparar al país ni convocarlo hacia metas claras con sacrificios razonables y compartidos, provocó el caracazo del 27 de febrero de 1989 y las dos asonadas militares y finalmente la deposición del propio presidente.

A fin de cuentas el gran ajuste persistió, aunque, en parte por su estrechez de concepción y en parte por lo mal que se gerenció, sin dar casi ningún fruto y provocando una verdadera catástrofe. El abandono del pueblo por parte del Estado llegó a ser mayor que en el Chile de Pinochet o la Argentina de la Seguridad Nacional. Los servicios públicos a zonas populares (educación, salud, vialidad...) llegaron a mínimos históricos; y se disparó el abismo entre los de arriba y los de abajo. Pero más grave fue la prédica sistemática de que la vida era la lucha de todos contra todos para que prevalezcan los mejor dotados. En esta guerra no existen magnitudes públicas y cada cual tiene que salvarse por su cuenta sin esperar nada de nadie y menos del Estado. Se pasó sin transición del Estado distribuidor de la riqueza común a la reducción del Estado a salvaguardar la infraestructura física y legal del mercado; pero ni esto se hizo. El Estado se había partidizado y los partidos habían perdido sus referentes objetivos, se habían cogollizado y dejaron de cumplir su función de mediación ciudadana y de conducción.

Al perder transparencia el sistema distribuidor y al canalizarse privadamente, la idea de lo público se pervirtió ligándose cada vez más a lo inepto y a lo corrompido. Hoy la dedicación cualificada a lo público como algo apetecible y prestigioso se ha desvanecido. La idea de lo público ya no se liga al lugar por excelencia donde realizar las virtualidades humanas más positivas. Por el contrario, lo público, contaminado por el desprestigio de los partidos políticos, se asocia a lo más inútil y degradado. Los mejores talentos del país, que desde los años 20 y más marcadamente desde los 40 habían dedicado muchas de sus energías a lo público, se confinan en lo privado, en parte porque se les cierra el campo, en parte como producto de una nueva sensibilidad. La consecuencia mayor es el desamparo del pueblo, reflejado no sólo a nivel presupuestario sino de dedicación inteligente y sostenida.

Es muy grave el descalabro de lo público porque el país necesita que este sector sea eficiente. Pero una reacción sana de una parte del país fue la proliferación de iniciativas de personas y grupos, cada vez más institucionalizados. Se tomaba en cuenta la complejidad creciente y se trataba de responder con propuestas concretas. Este sentido de lo concreto es una gran adquisición de los últimos quince años.

La nueva época de la globalización, de la informática, de la genética, nos sorprende como país en esta fase descendente, involutiva, sin conducción no sólo política sino tampoco de intelectuales ni hombres de empresa. Se ve

la necesidad de empalmar con esta nueva época, pero se hace sin discernimiento ni conciencia de sí, desnacionalizándose. El Estado debilitado y sin apoyo de las fuerzas vivas del país se abre sin ningún tipo de negociación a la competencia en una situación de desventaja absoluta y con la competencia a veces subsidiada. La mayor parte de los empresarios nacionales no fueron capaces de adaptarse a la nueva economía y se convirtieron en rentistas trasnacionalizándose el aparato productivo desde los bancos a la industria pesada y los servicios de punta.

Quiero insistir en lo que supone la mezcla del deterioro de lo público por las causas endógenas que hemos señalado y la tendencia privatizadora del modelo neoliberal. Es sano que tras la primera fase del despegue, la actividad privada tanto de las empresas como de los ciudadanos, solos o mancomunados, vaya ganando terreno y desplazando en buena medida al Estado, que debe concentrarse en lo que le corresponde: hacer cumplir el marco legal, velar por la seguridad, tanto física como jurídica, hacerse cargo de la infraestructura, proporcionar los servicios básicos y la seguridad social. En este sentido la expansión de lo privado es en sí positiva. Lo que no lo es, es la tendencia a privatizarlo todo, desde los espacios públicos a las tierras urbanas, los servicios básicos y hasta la seguridad, de tal modo que toda la vida esté atendida a lo privado y movida por las preferencias individuales. Hemos visto que en nuestro sustrato colectivo no está la participación ciudadana sino el individualismo que oscila entre la pretensión de autarquía y la convivialidad. En este caldo de cultivo el individualismo de la globalización trasnacionalizada lleva a instaurar un horizonte en el que están ausentes las entidades colectivas, en el que sólo existen individuos que contratan privadamente para conseguir sus fines particulares, y en el que lo único supraindividual es la familia, a la que se asimilan las relaciones de compadrazgo y otras afines que caen bajo el rótulo de familismo y amiguismo, que siempre son privadas y no universalizables y que tienen por fin la obtención de ventajas mutuas respecto de terceros. Este horizonte conspira contra la formación de una ciudadanía adulta y además dificulta el desarrollo humano, incluso deshumaniza drásticamente, sobre todo por la unidimensionalización irresponsable de los que logran la suficiencia estable y la carencia desesperanzada de los que no lo consiguen.

En este ambiente asistimos a una propuesta de sociedad civil que no genera ciudadanía ya que está basada en organizaciones corporativas que sólo velan por sus intereses particulares. La negativa a sacrificar nada propio

para ponerlo en común, con la excusa de que el Estado no sirve, llega a niveles tan elementales que la evasión de impuestos alcanza el 50%. Quienes evaden los impuestos gozan de los mejores servicios y no quieren contribuir a sanear el Estado reformándolo.

La consecuencia de este abandono de lo público y la consiguiente identificación de uno con su dimensión privada es un reduccionismo antropológico que empequeñece y aliena, una disolución del cuerpo social que nos lleva a que nos disgreguemos como país, y a la exclusión de las mayorías populares y sobre todo de los pobres. El pueblo no sólo se siente con el agua al cuello sino abandonado por el Estado y desconocido, despreciado y excluido por la clase media alta y la clase alta. Con la cínicamente llamada “flexibilización del mercado de trabajo” tienen que trabajar más personas en la familia y más horas cada uno para conseguir menos que antes. El esfuerzo por capacitarse, lograr un empleo cualificado y estable es cada vez más duro, y la mayoría no lo logra. Todas estas tensiones atentan contra la calidad de vida de la familia y su estabilidad. Existen pocos espacios públicos y muy pocos eventos públicos.

A fin de siglo no había en el país ningún proyecto que convocara y por el cual sacrificarse. Fue mérito indiscutible de Hugo Chávez la propuesta efectiva de lo público y lo político. La rapidez con la que se prendió la discusión fue el indicio del inmenso vacío que había por la insuficiencia radical de las propuestas radicalmente privatizadoras y desvalorizadoras que informaron el ajuste en el que de todos modos estamos. Pero el presidente desaprovechó la ocasión. Se dedicó meramente a lo ideológico desde un horizonte trasnochado que para nada responde a la fisonomía del país y abandonó la realidad. Por eso en un momento en que todos estamos de acuerdo en la necesidad de un Estado que lidere los cambios perentorios que todos sentimos, vuelve a desvalorizarse lo público porque en la práctica adolece de los mismos vicios de las últimas décadas y no se ve alternativa. Hugo Chávez puso el dedo en la llaga de muchos problemas nacionales, sobre todo la marginación de las mayorías, e incluso del propio país como sujeto, en el proceso de incorporación a la mundialización, llevado de un modo ideologizado, servil y hasta acomplejado. Pero él actúa de manera meramente reactiva sin comprender la época en la que vivimos y las posibilidades que ofrece o que puede llegar a ofrecer si se es capaz de ponerse a su altura desde un designio nacional realista.

Se hace por consiguiente necesario estimular la dimensión política de la persona de forma que asumamos la condición de ciudadanos participando en la vida social, poniendo nuestros haberes a contribución para recrear el cuerpo social, pagando el precio necesario. Pero para esto hay que proponer no sólo la necesidad de la solidaridad para contrarrestar las tendencias egoístas y agresivas sino sobre todo su excelencia para constituirnos en plenamente humanos, más aún para lograr la felicidad, de modo que deseemos ser solidarios y estemos dispuestos a cargar con el costo que ello exige. Para este camino precisamos ciertamente de grandes dosis de voluntad, pero no menos de inteligencia.

### *Fundamentación evangélica*

Queremos expresar dos ideas: La primera es que la salvación, tal como la concibe el judeocristinismo, fue propuesta de modo público, pero no masificado sino altamente personalizado. La segunda es que el contenido de la salvación tiene que ver con el desempeño público

El plan salvador de Dios no tiene por destinatarios a los individuos sueltos sino a la humanidad personalizada. Dios en el Antiguo Testamento pacta con un pueblo al que libera y constituye como su pueblo. Los cristianos somos el verdadero Israel, el nuevo pueblo de Dios, embrión y sacramento de la salvación universal. Jesús es el Cordero que quita el pecado-del-mundo, el salvador del mundo. Él ha venido a reunir en una gran familia a los hijos de Dios que estaban dispersos. Su ministerio se caracteriza como un movimiento de reunión. Se encontró con una masa sobrecargada y desesperanzada, como ovejas sin pastor, y con su presencia alentadora, con su palabra de verdad y vida y con sus hechos liberadores logró que la gente se pusiera en pie, se incorporara y caminara a su luz. Jesús simboliza la salvación que anuncia y hace presente en un Reino, el reino de Dios. Un reino que no tiene súbditos porque excluye la coacción, que está compuesto por ciudadanos libres, que pertenecen a la verdad y siguen a Jesús como a su Señor porque se sienten atraídos por él (Jn 18,37;12,32). Nadie está excluido de este Reino. Jesús no se resigna, como se resignaban los jefes religiosos de su pueblo, a que las mayorías (“ésos que no conocen la ley son unos malditos”: Jn 7,49) y los tenidos como pecadores públicos (Mc 2,16-17; Lc 15,1-2.7) se quedaran fuera de la convocatoria. Por eso, su existencia itinerante, para llegar a cada

uno (Mc 1,27-29) y el carácter público de su ministerio. Todos tenían necesidad de convertirse, para todos era un buen negocio hacerlo y Dios daba a cada uno el poder de volverse a él. Programáticamente sus enseñanzas están dirigidas a la vez al pueblo y a sus discípulos (Mt 5,1-2;7,28-29). Más aún, los discípulos representan al pueblo: ése es el sentido de la elección de los doce, en representación de las doce tribus. Por eso lo que les dice a ellos no son enseñanzas esotéricas que deben quedar protegidas por el secreto del arcano sino que lo deben proclamar a los cuatro vientos (Mt 5,1-2;7,28-29). Por eso puede responder a Anás que le pregunta por su doctrina: “Yo he hablado públicamente al mundo; siempre enseñé en la sinagoga y en el templo donde se reúnen los judíos y no dije nada en secreto” (Jn 18,20). El carácter público de su misión le lleva a no negarse a nadie, no sólo a las masas que no le dejan tiempo ni para comer (Mc 6,31-34) sino también a los líderes religiosos que lo invitan para espíarlo o que le proponen cuestiones para cazarlo en alguna palabra. Pero el carácter público de su ministerio estriba en que él es enviado por Dios a su pueblo, más aún, es el último enviado, de tal modo que no recibirlo entraña quedarse fuera del banquete del Reino. Eso prevé con gran dolor (Lc 13,34-35;19,41-42) que va a pasar, que van a entrar los que están afuera, los excluidos de su pueblo (Lc 14,15-24) y los que hasta ahora no han sido pueblo de Dios (Lc 13,25-29) y los líderes religiosos y los grupos que se tiene como intachables, que se creen con pleno derecho, van a quedarse fuera (Mc 12,1-12).

La salvación es relacional: acontece al actuar la condición que se nos regala de hijos en el Hijo único y hermanos en el Hermano universal. Son estas relaciones fundantes y escatológicas las que nos convierten en personas. Jesús descarta ser amigos y hacer el bien sólo a los del entorno de uno y los que tratan bien a uno o le caen bien (Mt 5,34-40). Su proyecto nada tiene que ver con el familismo y amiguismo, típicos de su época como de la nuestra. Contempla por el contrario hacer el bien a todos y ayudar a quien lo necesita. Así pues para los cristianos la salvación no es un asunto privado. No consiste en la autarquía del que se hace a sí mismo ni en la relación ensimismada entre el alma y Dios, ni en el capillismo sectario de los del propio grupo. La fe se expresa en la solidaridad (Gal 5,6; St 2,22). Por eso al estado de salvación se lo representa en la nueva Jerusalén, en la ciudad de Dios. En este sentido textual la salvación es política: es participar plenamente de la vida mancomunada de esta ciudad.

La vida eterna consiste en actuar esta condición de hijos y hermanos, que se expresa en el amor mutuo de los condiscípulos y en el aproximarse al que tiene necesidad. Así pues no es concebible una vida cristiana que no desarrolle de un modo muy cualitativo esta dimensión pública y que no luche porque ella informe la vida social en esta dirección solidaria.

Claro está que así como lo público es una dimensión escatológica, no lo es sin embargo lo político en sentido estricto. Pero el que Jesús no sea un mesías davídico, político, y el que por tanto la política sea una dimensión relativa no significa que no sea un bien que debe ser actuado como una dimensión imprescindible de lo público mientras exista esta historia. Lo político es ambiguo por la nota ineludible de coacción que encierra, y por eso, al no ser absoluto, no tiene en sí mismo su medida sino que debe ser medido por lo personal, que sí es definitivo. Pero a su vez lo público y lo personal deben medirse por lo político como exigencia de eficacia.

Nuestro peligro hoy no es el estatismo sino la anomia. De ahí la necesidad de enfatizar no sólo lo público sino específicamente lo político, imprescindible como órgano mínimo de convivencia y de solidaridad. El Estado de ningún modo agota lo público ni puede otorgar la felicidad. Pero a él le compete llevar a cabo los mínimos que los ciudadanos acorden como indispensables para una vida social justa y dinámica. En nuestro país estamos muy lejos de lograr establemente esos mínimos y de ampliarlos progresivamente hasta límites más satisfactorios. Por eso, nuestra opción no sólo por lo público sino también por fomentar lo político, tanto como dimensión cuanto como ejercicio profesional.

### *Contenido e implicaciones*

1.- El primer contenido de esta opción es actuar nuestra propia condición de ciudadanos. Ante todo en el aspecto más genérico y abarcador de vivir con los demás, es decir abierto a ellos y participando de la vida de la colectividad. La manifestación más elemental es estar ante los demás: mirarlos, tenerlos en cuenta y exponerse a sus miradas y a que ellos me tomen a mí en cuenta. Para que esto pueda suceder tengo que circular por espacios públicos, asistir a actos públicos grupales y masivos y por supuesto estar enterado de lo que pasa en la ciudad, en el país y en el mundo: leer el periódico y alguna revista de actualidad, ver o escuchar algún noticiero, conversar sobre

lo que pasa, no como espectador sino como participante del acontecer a quien le duele lo que pasa porque sucede en su ciudad, en su país, en su mundo. Frecuentemente vivimos tan abstraídos en nuestro pequeño mundo, tan absorbidos por lo nuestro, tan confinados en nuestros ámbitos, tan restringidos a nuestros circuitos, tan atentos a nuestros trabajos que en verdad no vivimos en la ciudad y el país en los que residimos porque ellos no forman parte concreta de nuestro mundo de vida: de nuestras referencias habituales, de nuestros desvelos, de nuestra acción.

Una pregunta fundamental es si nos encontramos con otros, es decir con gente anónima y no previsible en ámbitos abiertos o si sólo nos reunimos en nuestros circuitos; si estamos a gusto en espacios o eventos que nosotros (o gente de los nuestros) no hemos programado ni controlamos o si sólo vamos a lo que hemos convocado nosotros o gente que reconocemos como de los nuestros. La ciudad es por principio abierta. El ciudadano es el que lucha porque lo siga siendo y no se imponga la lógica privatizadora de los que comandan hasta ahora la dirección dominante de esta figura histórica. Existe la tendencia a aislarse y excluir entre quienes tienen mucho dinero; pero también existe la propensión sectaria entre quienes sienten que están en el camino de Dios y temen que el contacto con los otros les enfríe el fervor e incluso les desvíe del buen camino. Esa tendencia llevó a la clausura. La manifestación actual puede ser la de vivir con las familias más del colegio o de la parroquia o del lugar de apostolado, es decir con los suyos; según la imagen evangélica, vivir en el redil con las ovejas fieles y dejar fuera de su mundo a las demás. Es la dirección contraria de Jesús y de la encarnación que fue el santo y seña del concilio Vaticano II que puso como el distintivo de los discípulos del Señor el hacer propios los gozos y las esperanzas, las tristezas y angustias de los contemporáneos, especialmente de los pobres y los que sufren. ¿Cómo las haremos nuestras si ni siquiera las conocemos porque vivimos en nuestro mundo, un mundo laborioso y ordenado? Por eso la pregunta: ¿vivimos en la ciudad, en sus espacios públicos? ¿Vivimos abiertos a los otros, a cualquiera, a los anónimos? ¿Qué hacer para caminar en esa dirección?

2. Si es verdad lo que dijimos en el análisis genético-estructural, eso significa que no podemos dar por supuesto que sabemos lo que implica ejercer la ciudadanía y que el problema es estimular la voluntad de llevarlo a cabo. Hay un problema teórico. Una gran parte de los habitantes del país no tiene desarrollada en sí la dimensión de lo público y por eso piensa lo público

como lo contrapuesto a lo suyo, que es así lo privado. Éste es el sentido del individualismo entendido no como un rasgo de carácter o una propensión ambiental sino como caracterización de los seres humanos que se definen como individuos, es decir como seres que se constituyen a sí mismos y que por tanto consideran que los lazos que entablan no son constitutivos sino secundarios, componenciales, es decir producto de circunstancias aleatorias o de preferencias del sujeto. Estos individuos no se consideran como seres religados, es decir con vínculos estructurales, anteriores a la decisión personal de convalidarlos o de no actuar a partir de ellos. Es distinto que yo considere que pertenezco realmente a la humanidad porque la humanidad es una unidad real de la que provengo, que me posibilita y limita, y en la que estoy y actúo, independientemente de si opto por hacerme cargo de esa pertenencia o me desentiendo de ella, a que me entienda como un individuo atenido a sí mismo cuya pertenencia a la humanidad depende de una decisión libre suya. En el primer caso, si yo decido retraerme a mi privacidad o confinarme en una sociedad limitada que establezco con otros individuos yo no hago justicia a mi realidad que comprende vínculos obligantes. En el segundo caso la decisión de entrar en la humanidad y hasta dónde hacerlo es un mero cálculo de ganancias y pérdidas que puede ser más o menos fecundo, pero que no debe justificarse ante nadie porque nadie me puede exigir nada a que yo no me haya comprometido expresamente. Podrán decirme que no soy generoso, pero no que soy injusto.

Pues bien, la primera pregunta es si yo me asumo como un ser constitutivamente en relación (con la humanidad, con mi familia, con mi país, con mi ciudad, con la empresa en la que trabajo, con mis vecinos, con grupos de intereses en los que estoy implicado, con mis amigos) o como un individuo que siente a las relaciones estructurales como una limitación externa a la libre disposición de sí mismo. Después de saber dónde estoy, la segunda pregunta es si estoy en la realidad, si la hago justicia o la mutilo. ¿En mi mundo de vida entra la ciudadanía (del mundo, es decir de la humanidad, de la ciudad, del país, del vecindario, del trabajo...) o sólo las relaciones espontáneas de particulares con particulares o las relaciones familiares de sangre y origen? ¿Cómo hacer para adquirir una antropología integral, para poseer una teoría social satisfactoria?

Pasemos a desglosar y encarar las dificultades específicas para constituirnos como ciudadanos. Se refieren al mito de El Dorado, al rentismo y al descrédito de la participación política ciudadana: ¿Considero a Venezuela

como un país rico que sólo necesita de administradores honrados (y por tanto el problema crucial es la corrupción) o he llegado a una visión analítica fundamentada de sus recursos naturales y humanos y de las trabas para desarrollarnos humanamente? ¿Sigo manteniendo una actitud rentista que sueña con que el Estado puede vivir del petróleo o acepto que de cubrir hasta el 24% del PIB no llega ahora al 6% y que disminuirá a medida que siga creciendo la población? ¿Me hago cargo de que en nuestro país lo público sólo será posible si, como en todos los demás países, ponemos en común parte de lo obtenido privadamente? ¿Tengo formada la conciencia en el sentido de que no contribuir al fisco, no pagar impuestos, es imposibilitar la vida ciudadana? ¿Caigo en la cuenta de que ese egoísmo insolidario deshumaniza a quien se deja llevar por él? ¿Acepto que además de la contribución económica es imprescindible encargarse en alguna medida personalmente de los asuntos públicos? ¿Soy consciente de que la cosa pública es demasiado importante para dejársela a los políticos? ¿Me hago cargo de que rehuir esa responsabilidad deshumaniza?

De un modo general hay que admitir que necesita una mayor profundización teórica y analítica para encontrar soluciones adecuadas a la situación del país; el resultado de esta investigación y sus orientaciones hay que divulgarlo de manera sencilla y asequible para la mayoría de la población.

3. Si la propensión ambiental es que cada quien se las arregle por su cuenta, si existe muy poca cultura de participación, si lo único que se fomenta en algunos sectores es la organización cartelizada para defender intereses exclusivos y por tanto excluyentes, si estamos en una fase de atomización y de organizaciones corporativas, cerradas, hay que fomentar las organizaciones que en principio están abiertas a todos, sean a los ciudadanos en general, sean a todos los vecinos, a todos los trabajadores, a todos los interesados en el aspecto concreto que se desea fomentar. Hay que promover grupos y organizaciones de estas características a diferentes niveles. Pero antes que nada hay que apoyar a las diferentes organizaciones existentes y participar en ellas. Más en particular hay que participar desde la base en el proceso de descentralización democrática.

4. Todo esto ayudará a promover una democracia más participativa y a fortalecer la capacidad del Estado como órgano rector de la sociedad, haciendo que éste funcione con mayor autonomía respecto a los gobiernos de turno. Para muchos ni siquiera existe la distinción clara entre Estado y gobierno.

No se comprende que el Estado es permanente mientras que el gobierno no, que el Estado está referido ante todo a los ciudadanos y ante ellos debe ser responsable. Que el gobierno está para canalizar la opinión mayoritaria de los ciudadanos respecto de la orientación del Estado y de decisiones concretas respecto de la burocracia estatal; pero que es ésta la que está directamente a cargo de los servicios públicos, tanto de seguridad como de infraestructura, salud, educación... Si la opinión de los ciudadanos, tanto en lo que les toca individualmente como en cuanto colectivo no está vigilante, se impone la lógica institucional (o la de los partidos en el poder, es decir en el gobierno) y no la del servicio público eficiente.

5. Urge de un modo específico fortalecer en nuestra sociedad el sector social. Completando al Estado y a la sociedad civil, este sector tiene como objetivo la propuesta de lo que podríamos llamar los máximos, es decir objetivos humanizadores, propuestas entusiasmadoras, horizontes utópicos, líneas concretas de acción en orden a superar situaciones negativas y a promover cotas más altas de realización humana solidaria y de felicidad. Este sector es público, no privado; pero no es político, en el sentido de que no está basado en pactos legalmente obligatorios para todos sino en la capacidad de la voluntad libre de dejarse ganar por lo noble, lo generoso, lo hermoso y salir de sí para entregarse a lograr más vida y vida más plena, tomando en consideración a los de algún modo privados de ella. Este sector tiene como finalidad no sólo realizar acciones sino movilizar esta dimensión en cada persona y lograr formar ambientes y transformar el ambiente global. Una plataforma privilegiada y en no pocos casos indispensable a la larga son las comunidades de solidaridad. La contribución en este campo es uno de los grandes retos de nuestra Iglesia.